

Cuando cumplía once años, mis padres me dieron una fiesta de cumpleaños. Esto fue muy especial para toda la familia porque hasta ahora, no habíamos tenido invitados en nuestra casa desde hace más de una década. Me alegré que pudiera tener amigos en mi casa por primera vez. La fiesta ocurrió en junio, inmediatamente después del final del año escolar. Les invité mis cinco amigos a mi fiesta. Mis padres pagaron doscientos dólares por una casa de rebote bastante grande. También, en lugar de comprar pizza, como las familias normales, yo quería que mi madre cocinara lasaña y que honeara galletas y un pastel de chocolate. Ella accedió para que mis amigos y yo sintiéramos felices durante la fiesta. Era claro que mis padres hacían mucho para ponerme feliz. Por eso, estaba muy agradecido y emocionado para esta fiesta.

En poco tiempo, llegó el día especial. Mis amigos vinieron a mi casa a la una y media. Íbamos a celebrar mi cumpleaños por toda la tarde. Pero, había un problema: la casa de rebote que pidieron mis padres no había llegado. Menos mal que no les había dicho nada sobre una casa de rebote a mis amigos, porque ellos habrían estado desilusionados. Aunque estaba nervioso de que nunca viniera, me quedaba tranquilo. Les mostré el sótano de la casa a mis amigos. Por mi niñez entera, este lugar había sido un espacio para relajarme, divertirme, y olvidarme de los problemas de la vida. Aquí, siempre jugaba a los videojuegos y juegos de mesa. También, jugaba ping-pong con mis hermanos mayores, antes de que salieran para la universidad. Así que estaba seguro de que podíamos divertirnos en el sótano.

Primero, mis amigos y yo pasamos un rato con los videojuegos. Jugamos a mi videojuego favorito: *Mario Kart: Double Dash!!*. Este juego tenía un lugar especial en mi corazón porque era el primer videojuego que jugué. Manejamos nuestros personajes por varios ambientes: bosques antiguos, playas e islas tropicales, carreteras y castillos peligrosos, e incluso un arco iris. Obviamente, gané por tener muchos años de experiencia. Próximamente, jugamos a *Risk*, mi

juego de mesa favorito. Es un juego clásico de conflictos y diplomacia. Esta vez, tenía menos suerte, y perdí. Pues, conquistando todo el mundo no es algo fácil, especialmente cuando sus oponentes tengan mucha más experiencia. Sin embargo, con estas dos actividades, había logrado mi meta de disfrutarlos.

Ya eran las cuatro cuando terminamos con estas actividades. Esperaba que la casa de rebote llegara a esta hora. Dejé mis amigos en el sótano por unos minutos. Fui afuera para ver si había venido. Cuando llegué a la entrada para el auto, vi un camión. Mis padres ponían la casa de rebote en nuestro patio. No hay palabras que puedan expresar la felicidad que me sentía en este momento. Corrí al sótano y les exclamé a mis amigos que había una sorpresa afuera. Me siguieron al patio. Viendo sus caras, era obvio que mis amigos estuvieron muy emocionados. Inmediatamente, todo el mundo fue a la casa de rebote. Estábamos llenos de energía y sonreíamos oreja a oreja.

Saltábamos cuando mi madre pedía que nosotros viniéramos adentro para cenar. Aunque habíamos saltado por una hora y media, no queríamos parar. Pero, entonces, un aroma buenísimo salió de la casa. Por eso, sabíamos que había algo rico adentro, y obedecimos a mi madre. Como pensábamos, mi madre había puesto una lasaña linda sobre la mesa. Mis amigos y yo nos sentamos y la comimos rápidamente. El tomate, queso, y los vegetales crearon un sabor perfecto. Después, comimos unas galletas dulces, esponjosas, y deliciosas. Finalmente, ¡el pastel de chocolate! Mi madre puso las velas sobre el pastel y las encendió. Todo el mundo me cantó feliz cumpleaños. Entonces, comí el pastel más cremoso y rico de mi vida. Era una manera perfecta de terminar la fiesta. Cuando mis amigos salieron, les dije, “¡muchísimas gracias por venir y celebrar conmigo!”. Ciertamente, esta fiesta fue una de las memorias más felices de mi vida.